

«Adolescencia. Romper la incomunicación»

XXVI Seminario interdisciplinar
Barcelona, 3 de diciembre de 2007

«La adolescencia en positivo»

Jaume Cela Ollé

Maestro

El ponente empezó diciendo que desde la perspectiva etimológica no hay coincidencia respecto al significado de la palabra adolescencia, e incluso hace un tiempo esta etapa no tenía entidad propia, se pasaba de ser niño a adulto, a través de unos ritos de paso que hoy se han ido perdiendo y de dos momentos claves: la entrada al mundo del trabajo y el paso por el servicio militar. Actualmente no hay puntos de inflexión.

Habló del tema usando ejemplos y comparaciones del arte narrativo y del cine. Así empezó mencionando un cuento tradicional que refleja el sueño de algunos padres y madres de adolescentes: la bella durmiente. Según Cela, muchos padres querrían que sus hijos adolescentes, que son cafeteras hormonales que lo cuestionan todo, se durmieran una temporada larga, hasta que llegara un príncipe o princesa que se les llevara.

Cela afirmó que este es un colectivo muy diferente, aunque tiene algunas cosas parecidas y dio las claves de un posible perfil del adolescente. En el sentido negativo, es inseguro –motivado por los cambios hormonales–, arrogante, contradictorio, pusilánime e hipercrítico y no se gusta. En el sentido positivo, el adolescente es generoso; cuando lo hace de verdad es capaz de entregarse de pleno; es muy amigo de sus amigos; está interesado en explicar su mundo, por ello pregunta, cuestiona, interroga –y esto no siempre es cómodo–, y es capaz de creer que el mundo puede cambiar.

En respuesta a la pregunta de qué necesita el adolescente, el ponente dijo que necesita ser reconocido como una persona con niveles de autonomía y de responsabilidad para diseñar su proyecto de vida. Además, necesita saber que es alguien interesante, y que por lo tanto maestros y profesores se interesan por él, aunque parezca no estar interesado en que se interesen por él. También necesita adultos que estén a su lado, incluso en silencio, porque las personas cuando se

forman necesitan la mirada clarividente (que ve claro y ve fenómenos externos al campo visual). Necesita sentirse mirado y no controlado, con una mirada adulta limpia ante sus actividades y propuestas. El adolescente necesita, además, la caricia y la ternura; adultos que comparten su experiencia del mundo, teniendo claro que la relación no es simétrica; y necesita también adultos que le escuchen.

Los padres, las madres y los maestros deben vigilar cómo hablan porque el adolescente capta la metacomunicación, es decir, todo aquello implícito en una frase (por ejemplo cuando le decimos: ¿y piensas salir a la calle vestido de esta manera? En esta pregunta hay también juicios, calificaciones, etc.). Se debe hablar de todos los temas, también de la muerte, de la sexualidad, etc., pero sólo cuando el adolescente lo quiere y lo necesita.

Cela aseguró que la familia y la escuela tienen algunas responsabilidades principales. La primera es mostrar y acompañar al adolescente en el proceso de descubrimiento del mundo: hacer entender el valor de las normas, de las convenciones sociales, de los ritos; y por otra parte, ayudarlos a que se liberen, dándoles confianza para que puedan transgredir e ir más allá.

La postura del adulto debe ser la de asumir como propias las necesidades que tiene el otro y nunca abdicar de la responsabilidad ante la persona que está educando. «Los educadores somos las personas que, de forma asimétrica (sin esperar la respuesta del otro), asumimos la responsabilidad de la persona que hemos traído al mundo o a quien se nos ha pedido mostrarle el mundo», afirmó Cela.

Se debe intentar que los alumnos tengan los máximos modelos posibles de autonomía para hacer su proyecto de vida, que no debe asemejarse al nuestro o que incluso puede llevarlo a estrellarse. En este sentido, no puede haber discurso de autonomía si no se pone el acento en la responsabilidad. Los adultos deben hacer entender al adolescente que tiene todo el derecho a plantearse un proyecto de futuro, pero debe tener en cuenta la existencia del otro.

Además debe aprender el valor total de la vida: es decir, la existencia del amor, del poder, de la muerte, del sufrimiento...: «no podemos ahorrar a nuestros hijos la experiencia del dolor», aseguró el ponente. También debe aprender que existe la ambigüedad humana, que hace que dentro de las personas convivan varias personas. Además, con el ejemplo de la vida cotidiana, el adulto debe transmitir los valores que son importantes, los valores que queremos que ellos hagan suyos.

A los hijos no los podemos escoger, los debemos cuidar e intentar ayudar, aceptándolos tal y como son, para que puedan llegar a crear su propio proyecto de vida. Ellos tampoco han tenido la posibilidad de escoger a sus maestros y profesores; tienen los que les ha tocado.

Cela acabó invitando a los adultos a tener los pies en la tierra y la ilusión en las nubes, a conservar el buen humor y a estar en medio del crecimiento de los adolescentes.

Resumen de las ponencias realizado por el equipo de redacción del Ámbito María Corral.